

La caza de la miel en la taiga siberiana, según el relato **‘DERSU UZALA’** de Vladimir Arseniev

TEXTO:

José María de Jaime Lorén y Pablo de Jaime Ruiz
Universidad CEU Cardenal Herrera (Valencia)
jmjaime@uchceu.es

En los primeros años del siglo XX, siguiendo la política de la Unión Soviética de explorar y conocer los territorios más orientales de las repúblicas asiáticas, el joven capitán del ejército soviético Vladimir Arseniev recibió la orden de reconocer el extremo oriental de la Provincia Marítima que tenía a Jabarovsk por capital administrativa.

Se trataba de un vasto y desconocido territorio situado en plena taiga siberiana por encima de Manchuria, en la desembocadura del río Ussuri junto al mar del Japón. Durante las expediciones que este capitán llevó a cabo en años sucesivos, además de las anotaciones técnicas motivo de la exploración, tuvo el cuidado de registrar en sus cuadernos muchos otros apuntes de carácter personal, que más tarde publicó en varios libros de viajes que han tenido millares de lectores por todos los continentes.

Derzu Usala

En sus libros Vladimir Arseniev cuenta sus viajes por la región montañosa de Sijote-Alin, con sus selvas todavía impenetrables para los europeos. Sus habitantes, los golds, se extienden por la región del Ussuri hasta la desembocadura del Daubi-khé, donde fundamentalmente viven de la caza.

Habitantes de un país cuyos ríos son poco abundantes en peces, deben buscar en la taiga o selva siberiana los animales que les proporcionarán la carne y otros productos necesarios para sobrevivir. Excelentes cazadores, prenden también cibelinas cuyas valiosas pieles venden en los puertos del mar del Japón, junto a las preciadas raíces del ginseng, tan difíciles de encontrar en los rincones más remotos de los bosques.

Sin duda el relato más conocido es el que lleva el título de su principal protagonista, el *gold* Derzu Usala, que con este mismo título fue llevado a la pantalla cinematográfica con gran éxito de público (*ver recuadro de la siguiente página*). Se trata sin duda de una de



Vladimir Arseniev, capitán del ejército soviético, exploró la taiga siberiana.

las películas que con mayor delicadeza se ocupa de las poblaciones indígenas, y de su tradicional sensibilidad para defender su entorno natural que les proporciona todo lo que necesitan para vivir.

En *Dersu Uzala*, Vladimir Arseniev narra sus viajes por la cuenca del río Ussuri en la parte más oriental de Rusia. Ahí conoció a Dersú Uzalá (1849-1908), un cazador de la tribu china Hezhen, que sirvió como guía del grupo de expedición entre 1902 y 1907, salvándolos de morir de hambre y frío en varias ocasiones.

Dersu era nómada y animista, entablaba una relación con la naturaleza de igual a igual sin intentar imponerse como hacía la civilización occidental. Este libro está considerado en Rusia como un clásico.

En 1907 Vladimir Arseniev invitó a Dersú a vivir en su casa de Jabárovsk debido a la pérdida de visión que Dersú empezó a sufrir, por la que no podía seguir cazando. En la primavera de 1908, después de comprobar que le era muy difícil adaptarse a la vida de la ciudad, decidió regresar a la región de la que provenía. Dersú murió asesinado,

según cuenta el libro, en el pueblo de Korfovskiy y enterrado en una tumba no identificada en la taiga rusa.

Observador atento y gran narrador, Arseniev revive la vida misteriosa de la taiga destruyendo la leyenda que la hace un reino muerto y de silencio, cuando verdaderamente, como nos cuenta el autor, sus bosques y montañas están llenos de animales, de sonidos, de dramas ocultos.

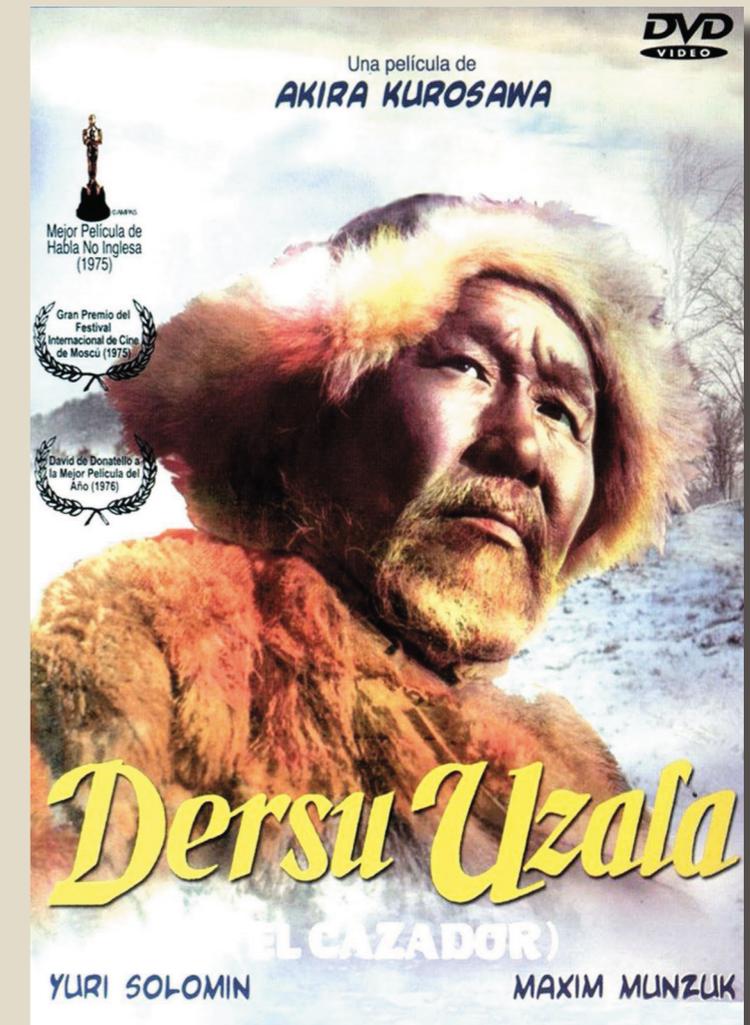
Durante veinte años recorrió este capitán las selvas del Ussuri, la cadena del Sijote-Alin de mil kilómetros de longitud, así como los ríos del mar del Japón y del golfo de Tartaria, plenos de riquezas naturales.

Hasta el siglo XIII estos territorios formaron parte del Imperio de la China del Norte. Posteriormente sirvió para el asentamiento de los daurodiutcheros, pueblo con un importante grado de cultura que exportaba pieles y pescado a China de donde recibía pan y arroz, pero que no pudieron impedir las oleadas de cosacos que llegaban de Rusia en busca de tierras fértiles. Reconquistado el territorio por los chinos, quedó a continuación prácticamente despoblado.

De nuevo regresaron los rusos en 1860, pero esta vez por mar al establecerse en Vladivostok y ceder la debilitada China la margen izquierda del Amur. Millares de colonos cosacos fundaron en la región una cadena de pequeñas ciudades dejando todo el centro del territorio salvaje.

Pues bien, para conocer precisamente este territorio desconocido fue comisionado Vladimir Arseniev, quien levantará acta en sus libros de la grandiosidad de las bellezas naturales de la Siberia Oriental, así como de la extraordinaria riqueza de su flora y de su fauna.

Lo que no podíamos suponer, cuando distraídamente leíamos este libro de aventuras, es que entre la fauna se encontraban también las abejas, a las



“Dersu Uzala” es, también, el título de una película de 1975 basada en el libro de Arseniev, de producción soviética y dirigida por el japonés Akira Kurosawa.

Fue rodada durante 1974 en los escenarios naturales de la taiga siberiana que recorrieron Dersú y Arseniev, a pesar de que hacía mal tiempo para el rodaje. Ganó un Óscar en 1975 como «Mejor película de habla no inglesa»; así como el Gran premio en el Festival Internacional de Cine de Moscú y el David de Donatello a la mejor película del año. Ayudó a la difusión en Occidente del libro homónimo. Dersú fue interpretado por Maksim Munzuk y el capitán Arseniev por Yuri Solomin.

<
cuales dedica algunos curiosos pasajes que vamos a rescatar, y cuya miel, que constituía uno de los bocados más preciados, cazaban aquellos cosacos con las mismas técnicas que se practicaban en todo el resto del mundo varios milenios atrás.

Un enjambre de abejas que lucha contra las hormigas

La primera referencia apícola que encontramos en el relato Derzu Usala se desarrolla en la segunda expedición de Arseniev, realizada cuatro años después de la primera. Sobre 1906 fue comisionado por la sección de la región del Amur de la Sociedad Rusa de Geografía para explorar la cumbre del Sijote-Alin, así como las fuentes del Ussuri y del Iman .

El destacamento estaba formado por tiradores de élite, seleccionados entre cosacos siberianos procedentes de las provincias de Tobolsk y de Yenisey, más doce caballos de carga. Partieron el 15 de mayo por tren desde Jabarovsk hasta Chmarkovka, una vez atravesado el Ussuri, donde prepararon la expedición que definitivamente arrancó el 19 de mayo.

Uno de los primeros contratiempos que se encontraron fue atravesar el río Ussuri que venía muy crecido con las aguas de los deshielos primaverales. Tras lograrlo, no sin grandes esfuerzos, deciden descansar una jornada en la que se narra en la forma que sigue el encuentro con un enjambre de abejas:

“Aquel día, tuvimos ocasión de ver la manera en que los cosacos atrapan las abejas. Estábamos tomando el té, cuando uno de ellos se apoderó de una copa que contenía restos de miel. Pronto aparecieron abejas, una detrás de otra. Unas llegaban, otras se llevaban una gota y se apresuraban a volver. Un cosaco llamado Murzine tuvo la idea de localizar los insectos. Observé

la dirección por la cual desaparecían las abejas y se colocó, con su copa de miel, de aquel lado. Al cabo de un minuto, llegó una abeja. Cuando volvió a partir, el cosaco la siguió con la mirada mientras pudo, avanzando en el sentido de su vuelo; después, esperó la llegada de la segunda y de la tercera; así, sin interrupción, continuando sus manejos. De esta forma se dirigió, lenta pero seguramente, hacia la colmena, cuyo camino le indicaban las mismas abejas. Para esta caza, hay que armarse de paciencia.

Al cabo de una hora, aproximadamente, Murzine estuvo de regreso contando que había encontrado el domicilio de las abejas y contemplado una escena que le había impulsado a volver para buscar a sus camaradas. Las abejas – decía– hacían la guerra a las hormigas. Sin tardanza nos pusimos en camino, provistos de una sierra, un hacha, calderos y cerillas. Murzine nos precedía para mostrarnos el camino. Bien pronto vimos un gran tilo, inclinado en un ángulo de 45 grados y rodeado de abejas. El enjambre casi completo estaba abajo, cerca de las raíces. Éstas, enroscadas, formaban una pendiente muy suave. Alrededor de la abertura, se habían amontonado las abejas, teniendo frente a ellas una legión igualmente compacta de hormigas negras. Era curioso observar a estas dos tropas enemigas, enfrentadas una contra otra sin decidirse a la ofensiva. Patrullas de hormigas corrían por todos lados y las abejas venían a atacarlas desde arriba. Los bichitos terrestres se defendían con rabia, posadas sobre el vientre y abriendo sus mandíbulas al máximo. Algunas veces, las hormigas ensayaban un movimiento giratorio, y trataban de atacar a las abejas por detrás, pero las patrullas aéreas las descubrían y una parte de las abejas se desplazaba hacia el lado amenazado, cerrando de nuevo el camino a las hormigas.

Nosotros mirábamos esta lucha con interés. ¿Quién iba a ganar? ¿Llegarían

las hormigas a entrar en la colmena? ¿Quiénes serían las primeras en ceder? ¿Quizá las adversarias se separarían después de la puesta del sol, para volver a sus dominios y reanudar el combate por la mañana? ¿pudiera ser que el sitio de la colmena durase ya algunos días?

No se sabe el cariz que hubiera tomado esta batalla, si los cosacos no hubieran acudido en socorro de las abejas, poniéndose a verter sobre las hormigas el agua que habían tenido tiempo de hervir. Los bichitos se crisparon, se agitaron y perecieron por millares. Las abejas se excitaban terriblemente. Por precaución, alguien las roció a su vez con agua hirviendo. El enjambre se elevó instantáneamente en el aire. ¡Había que ver la huida súbita de los cosacos! Pero las abejas los alcanzaban, los picaban en la nuca y en el cuello. Al cabo de un minuto, no quedó nadie cerca del árbol. Los hombres se agruparon a cierta distancia, lanzando juramentos y reuniéndose con sus camaradas. Después, de golpe, pusieron también cara de asustados, sacudieron las manos y huyeron aún más lejos.

Se decidió dejar a las abejas el tiempo necesario para que se calmaran. Al final de la tarde, dos cosacos volvieron a la colmena, pero no encontraron ya ni miel ni abejas, ya que la colmena había sido saqueada por los osos. Tal fue el final de nuestra carrera hacia la miel salvaje”.

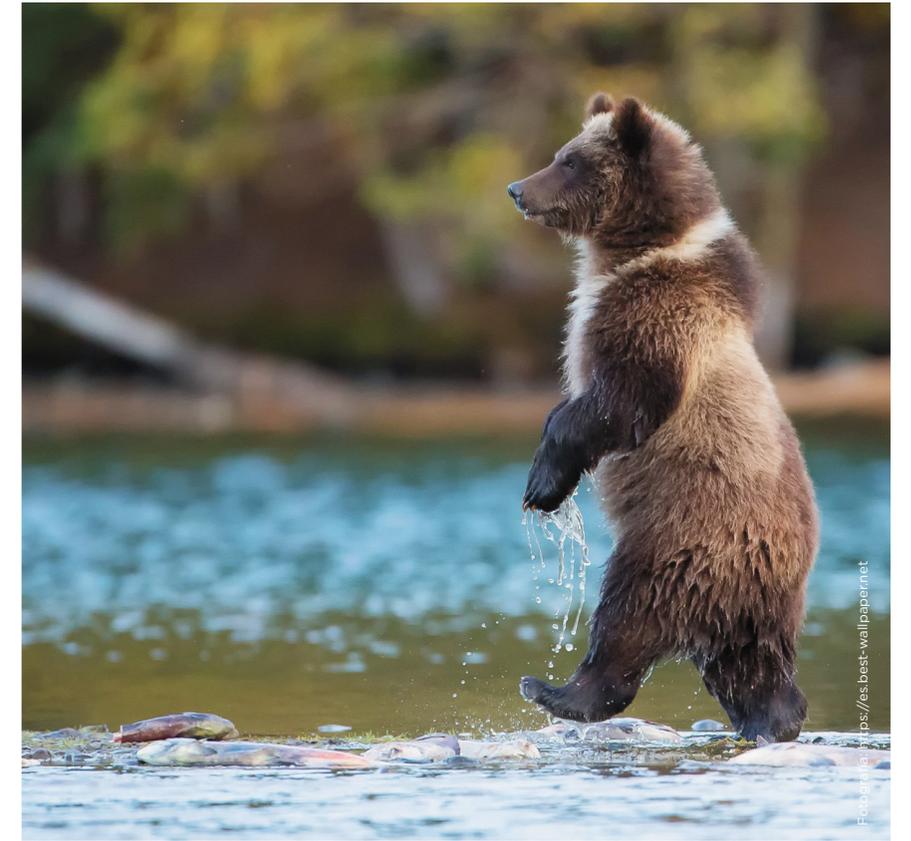
Veamos algunas consideraciones que nos ha merecido esta aventura apícola en el extremo oriental de la Siberia asiática. De entrada, indicar que seguramente se trata de abejas de la raza china o japonesa, caracterizada por tener los pelos grises, los ojos muy vellosos y los zánganos el fémur muy deformado.

En efecto, tal como señala Arseniev resulta sorprendente la pelea entre estos pacíficos insectos de costumbres gregarias. Para explicarlo se nos ocurre pensar que nos encontramos con un enjambre de abejas salido hace poco

tiempo de la colmena madre, que momentáneamente se asienta en las raíces aéreas del tilo en las proximidades de algún hormiguero importante al que sin duda molestaban.

Abona esta opinión la excitación terrible de las abejas, por la “precaución” de los cosacos de “rociarlas” con agua hirviendo, el hecho de que, literalmente, “el enjambre se elevó instantáneamente en el aire”, o que esa misma tarde no encontrarán ya “ni miel ni abejas”. La explicación que da en el sentido de que “la colmena había sido saqueada por los osos”, nos parece bastante peregrina pues encontrándose los cosacos en las inmediaciones no hubieran dejado de advertir la presencia de los plantígrados. Sobre el método seguido por el astuto Murzine para localizar la colmena, decir que es similar al que usaban con idéntico fin los cazadores de miel desde la más remota antigüedad. Si al cosaco se le ocurrió esta idea al ver las abejas que iban y venían a la miel sobrando de una copa, los antiguos cazadores de miel solían apostarse en las inmediaciones de balsas de agua a la espera de la llegada de abejas aguadoras. Procuraban entonces meter varias de ellas en canutos de caña convenientemente melados para atraerlas, y las soltaban de una en una siguiendo su vuelo hasta que los condujeran a la colmena silvestre, cuya miel extraían a continuación. En cualquier caso, como reconoce “Para esta caza, hay que armarse de paciencia”.

La forma en que castraban estas colmenas los primitivos cazadores de miel, era también similar al que pensaba seguir Murzine y compañía, pues vemos que para ello iban conveniente provistos de “una sierra, un hacha, calderos y cerillas”. Localizada la colmena, en los bosques por lo general siempre entre ramas, se trataba de abatir las ramas o el árbol con la sierra o con el hacha, ahuyentar las abejas con el humo de hojas secas que quemaban a propósito,



y partir velozmente con los panales que se depositaban en el caldero .

El hecho de que las abejas libasen en el resto de miel de la copa de los expedicionarios, nos indica que la misma formaba parte importante de su dieta. A su vez no debía ser rara la presencia de colmenas silvestres pues, cuando unas jornadas después se presentan hambrientos en la pequeña aldea de Zagornaya, fueron agasajados por el starosta o jefe de la comunidad con pan caliente, miel, huevos y leche . Curiosamente, los mismos alimentos que en pleno mes de noviembre proporcionaría el staroste de la aldea de Verbovka a los cosacos cuando se hallaban ya al final de la exploración . Con anterioridad, cuando la primavera tocaba a su fin, al dejar los espesos bosques de coníferas de la taiga y pasar a las praderas de la zona conocida como Sine-Kvandagú, se desplegó ante los expedicionarios una enorme

abundancia de plantas en plena floración, y “Por encima de todas las flores aleteaban abejas y avispas” .

La competencia del oso en la caza de miel

En la tercera parte del libro se narra la expedición que Vladimir Arseniev llevó a cabo en la primavera del año siguiente, 1907, como continuación de la anterior desde la parte central del Sijote-Alin en dirección a la costa del mar del Japón. En esta ocasión con la colaboración de M.A. Merzliakov.

Cuando en los primeros días de marcha se hallaban caminando desde la desembocadura del Sinantza hacia el río Sanhobé, donde comenzaban realmente sus trabajos, tuvieron un nuevo encuentro con un nido de abejas, sólo que en esta ocasión competían con un oso para conseguir la miel. Veamos cómo se narra el suceso : >

“Habíamos llegado -Dersu y yo- a un segundo vallecito. Yo acababa de sentarme y Dersu estaba reajustándose su calzado, cuando escuchamos sonidos extraños, que recordaban a la vez aullidos, gañidos y gruñidos. Dersu me tomó por la manga, se puso a escuchar y declaró:

-Un oso.

Poniéndonos de pie, avanzamos lentamente y pudimos ver pronto al autor de los ruidos. Era un oso de una talla mediana, muy atareado alrededor de un gran tilo que crecía inmediatamente al pie de un acantilado. Un entalle hecho con un hacha en la superficie del árbol, del lado que se exponía a nuestra vista, indicaba que la presencia de un enjambre de abejas había sido localizada por alguien antes que nosotros y antes que el oso.

Vi enseguida que la fiera estaba ocupada en buscar miel. Encabritado, se enderezaba tanto como podía, pero las piedras le impedían pasar su pata delantera por el hoyo. Impaciente y gruñendo, el animal sacudía el árbol con todas sus fuerzas. Las abejas revoloteaban cerca de la colmena y venían a picar al oso en la cabeza. El animal se frotaba el hocico con sus patas, se revolcaba por la tierra y reemprendía después su tarea. Sus actitudes eran muy cómicas. Al fin se cansó, se sentó por tierra en una actitud humana y midió el árbol de arriba abajo, como si meditara algo. A los dos minutos de reposo, se levantó bruscamente, corrió rápido hacia el tilo y trepó a la cima. Tan pronto como llegó, acertó a colocarse entre el acantilado y el árbol. Apoyándose entonces con sus cuatro patas contra la roca, empujó fuertemente con su lomo el tilo que cedió un poco bajo su peso. Pero a la fiera le dolió aparentemente el lomo y cambió de posición; entonces se adosó contra las piedras y empujó con sus dos patas delanteras el gran árbol. Éste se desplomó con un crujido. Era lo

que el oso quería. No le quedaba sino apartar las tiernas capas de albura para apoderarse de los panales de miel.

-Es un hombre de lo más astuto -observó Dersu-. Hay que cazarlo; si no, se comerá pronto toda la miel. A continuación, se puso a gritar:

-¡Eh! ¿Qué haces ahí, ladrón de miel?

El oso se volvió y huyó de nuestra vista, desapareciendo detrás del acantilado.

-Hay que asustarlo -añadió el gold, disparando un tiro al aire.

Precisamente, nuestros animales se aproximaban. M. Merzliakov escuchó la detonación, detuvo el destacamento y vino a preguntar de qué se trataba. Decidimos dejar allí a dos soldados para recoger la miel. Había que dar a las abejas tiempo para calmarse. Entonces, sería fácil aniquilarlas con el humo y llevarse la miel. Si nosotros no la tomábamos, el oso volvería sin falta y se comería toda la reserva. Reanudamos el camino al cabo de cinco minutos y llegamos sin dificultad al Sanhobé. Hacia las cuatro de la tarde, alcanzamos la bahía de Terney, donde se nos reunieron una hora más tarde nuestros dos soldados, que habían quedado cerca del tilo, y que nos aportaron cerca de diez kilos de miel en panales, de una calidad excelente”.

Varias cosas nos llaman la atención de este relato, sin duda uno de los más bellos del libro. De una parte, la costumbre oriental de los gold de considerar una suerte de personas a todos los animales que pueblan la taiga,

como se aprecia cuando Dersu llama “hombre” al oso, costumbre que, en cierto modo contagia a Arseniev que destaca las actitudes cómicas del oso cuando “Al fin se cansó, se sentó por tierra en una actitud humana y midió el árbol de arriba abajo, como si meditara algo”.

Sorprende también la recreación del autor cuando explica las diferentes técnicas que utiliza el plantigrado para acceder a la colmena silvestre. No se trata de lo que hace, se trata igualmente de penetrar en sus pensamientos, de humanizar al oso.

Otra curiosidad es que de nuevo el nido de abejas se asienta asimismo en un tilo, como el que vimos que luchaba con las hormigas, y que con anterioridad había sido convenientemente marcado con un hacha por algún otro buscador de miel de la taiga.

Por último, que como hemos señalado ya antes, conocían perfectamente que el humo aturdiría momentáneamente a las abejas, calmándolas y permitiendo extraer los panales melados. Panales por cierto bien repletos, pues rindieron casi diez kilos de miel.

Y estas son las referencias apícolas encontradas en la bella obra *Derzu Usala*, que muestran cómo a comienzos del siglo XX los cosacos y los golds, habitantes de la taiga siberiana más oriental, utilizaban para capturar la miel de los enjambres silvestres que poblaban sus bosques los mismos métodos que los pueblos más primitivos de los que tenemos noticias.

NOTAS:

1. ARSENIIEV, V. (2004): *Derzu Usala*. Biblioteca del viajero, 25. Madrid, ABC, 319 p.
2. ARSENIIEV, V. (2004): *Op. Cit.*, 67-68
3. JAIME GÓMEZ, J. DE; JAIME LORÉN, J.M. DE (2001): *Historia de la Apicultura Española, 1. Desde los orígenes hasta 1492*. Calamocha, 338 p.
4. ARSENIIEV, V. (2004): *Op. Cit.*, 71
5. ARSENIIEV, V. (2004): *Op. Cit.*, 209
6. ARSENIIEV, V. (2004): *Op. Cit.*, 98
7. ARSENIIEV, V. (2004): *Op. Cit.*, 222-224